

En este número.

Uno de los rasgos esenciales de la realidad social mexicana en los últimos cuarenta años ha sido la escasa implantación de la izquierda en la lucha de clases que se ha desarrollado en el país con los altibajos previsibles, los flujos y reflujos, los periodos de auge y retroceso. No obstante la relativa influencia lograda por ciertas corrientes de izquierda en los años de la revolución estallada en 1910 y a pesar también de que la izquierda tuvo presencia considerable en las luchas populares durante las décadas de los veintes y treintas, desde 1940 han sido más bien esporádicos los momentos de fusión de la izquierda con el movimiento popular y endeble los lazos orgánicos derivados de esa articulación eventual. La política de masas que el Estado mexicano pudo desplegar dado su origen revolucionario y la formación posterior de un sistema corporativo por el cual millones de obreros, campesinos, burócratas y trabajadores en general quedaron encuadrados en el partido del Estado, redujeron al mínimo las posibilidades de encuentro entre izquierda organizada y fuerzas sociales dominadas. Aun cuando en las interminables disputas ideológicas protagonizadas por diversas tendencias de izquierda, unas a otras se echan en cara de manera recíproca la responsabilidad básica de esta situación, lo cierto es que hasta la fecha sigue siendo notorio el débil arraigo popular de esas diferentes tendencias de la izquierda.

Las consecuencias de la precaria integración de la izquierda en el movimiento popular son muy variadas: a] como ocurre siempre que la correlación de fuerzas es altamente desfavorable para la izquierda, las discrepancias internas tienden a figurar en el primer plano de su preocupación: el combate ideológico se desenvuelve no tanto para enfrentar al enemigo político identificado con el bloque social dominante como para dirimir querellas propias pocas veces referidas en forma directa al estadio real de la lucha de clases; b] el conocimiento insuficiente de las peculiaridades que adopta el movimiento social tiende a desplazar el debate legítimo sobre las formas inmediatas de acción para concentrarse en polémicas esquemáticas sobre el carácter general del proceso de ruptura anticapitalista: todo ocurre como si este proceso no implicar momentos sucesivos en los que la lucha de clase condensa objetivos específicos y hubiera que actuar en toda circunstancia a partir del supuesto de la actualidad siempre presente de la revolución y con base en la creencia de que las clases populares son sujeto revolucionario ya constituido de una vez por todas; c] la izquierda ocupa un lugar apenas

secundario en el sistema político toda vez que su pequeña base social de apoyo no le permite arrebatarse un espacio mayor lo que, a su vez, repercute de modo negativo en su capacidad de conformarse como alternativa política real para las clases dominadas.

En el periodo más reciente, caracterizado por la reactivación del movimiento popular, el debate de la izquierda mexicana ha girado en torno a varias cuestiones precisas: ¿es la reforma política un espacio conquistado por las luchas de los dominados o simple manipulación estatal para institucionalizar los conflictos?, ¿permite la lucha por reformas avanzar en la formación política de las clases populares o las distrae de sus objetivos históricos fundamentales?, ¿el empeño en democratizar las relaciones sociales es una forma para avanzar hacia la transformación de la sociedad o un esfuerzo que permanece en el marco formal establecido por el Estado?, ¿posibilita la participación de los partidos de izquierda en el sistema político el acercamiento de los movimientos de masas a la política o escinde la vida partidaria de la movilización popular?, ¿es un factor esencial en el combate por la hegemonía la incorporación por parte de la izquierda del bagaje nacionalista o, por el contrario, el abandono de una perspectiva clasista?, ¿abre o no la unificación de varias organizaciones en el PSUM nuevas posibilidades para el desarrollo de la izquierda mexicana?

Ofrecemos a nuestros lectores en esta entrega una colaboración de Nuria Fernández donde se adoptan posiciones definidas en relación con esa problemática de la cual las preguntas anteriores son apenas algunos ejemplos. Se trata, por supuesto, de una discusión en la que está involucrada de una u otra manera el conjunto de la izquierda en nuestro país y que se encuentra todavía lejos de quedar resuelta. Por un tiempo cuya duración es imposible predecir, cuestiones de esa índole estarán en el centro del debate de la izquierda en México. Con toda seguridad seguirán produciéndose formulaciones al respecto como ha ocurrido de modo más o menos desarticulado hasta el momento. Mientras más amplia e intensa sea la polémica en torno a problemas como los mencionados, mayor claridad se logrará en la acción política. *Cuadernos Políticos* tiene el propósito de abrir sus páginas a intervenciones que aborden esa temática desde diversos puntos de vista, procurando así contribuir a la mejor comprensión de las tareas —y discrepancias— que hoy enfrentan las diversas corrientes de izquierda.

—Carlos Pereyra

Incluimos en este número el informe del comandante Joaquín Villalobos sobre la ofensiva general de los revolucionarios salvadoreños, iniciada el 10 de enero de 1981. El lector atento

encontrará en él no sólo una exposición sistemática y rigurosa del estado de la guerra civil en El Salvador al momento de su redacción, sino también un conjunto de elementos que arrojan intensa luz sobre la naturaleza del proceso que engendró la ofensiva general y, más importante todavía, que fijan con nitidez las tendencias de su desarrollo, las cuales se han ido confirmando en los seis meses transcurridos con posterioridad a su elaboración. Desde este punto de vista, el informe encierra un valor que trasciende la inmediatez del proceso revolucionario salvadoreño y seguirá siendo un documento notable aún cuando la victoria lo haya coronado, convirtiéndolo en un momento más en la historia de la liberación de los pueblos.

Esa característica del documento no es accidental. Resulta de un estudio cuidadoso de los factores que influyen en la configuración de la situación salvadoreña, comenzando por las estrategias de las fuerzas en conflicto, sus posibilidades y limitaciones, así como los pasos mediante los cuales estas se han ido implementando. Resulta también de la concepción que tiene sobre la guerra, entendida como forma superior de la política, expresión del más alto nivel a que llega la lucha de clases, lo que confiere a su examen una riqueza a que la ciencia militar burguesa no puede aspirar. Resulta, sobre todo, de la aplicación creadora del marxismo, rescatándolo en su dimensión más decisiva, es decir, en tanto que análisis concreto de la realidad concreta, como lo expresó Lenin, y por este instrumento privilegiado para establecer un método de acción o, lo que es lo mismo, un método de transformación de lo real.

Considerado así, el informe en cuestión es representativo de una línea de desarrollo del pensamiento marxista latinoamericano, que pasa inadvertida la mayoría de las veces para los estudiosos de la materia. En una síntesis apretada, el antecedente inmediato del actual auge del marxismo entre nosotros debe buscarse en los años sesenta y ha sido una contribución que, de manera más o menos feliz, hizo la teoría de la dependencia. En efecto, ha sido ella quien lo desempolvó, liquidando la pesada herencia de la III Internacional, en especial del stalinismo, y que implicara la pérdida de la veta abierta por Mariátegui, Mella y unos pocos más.

Sin embargo, la teoría de la dependencia constituye en rigor un antecedente superficial, correspondiendo ya al acceso de ese marxismo renovado a los círculos académicos. El nivel más profundo del resurgimiento marxista, en el cual la teoría de la dependencia fincó sus raíces, fue la elaboración de las organizaciones políticas que comienzan a formarse a fines de los cincuenta, rompiendo con el monopolio del marxismo que detentaban los partidos comunistas. Esa elaboración recurrió a Marx y Engels, a Lenin y Bujarin, a Trotsky y Rosa Luxemburgo para hacer frente a la teoría de la revolución por etapas que sostenían esos partidos y que los llevaba a empeñarse en preconizar la revolución democrático-burguesa como solución a los problemas de

las masas trabajadoras de América Latina.

Así, el resurgimiento del marxismo en América Latina —independientemente que, ya para fines de los sesenta, resienta la influencia del descongelamiento del marxismo europeo— nace de la acción política y sólo después implica status académico. La academización del marxismo —en el pleno sentido de la palabra— corresponde ya a la década de los setenta y se da, paradójicamente, de manera simultánea a la persecución y dismantelamiento por obra de la contrarrevolución entonces triunfante. Pero la paradoja tiene su razón de ser: empujados por la represión, los militantes marxistas van siendo expulsados de un país a otro, van perdiendo sus raíces en la lucha de clases concreta y, procedentes como eran de la clase media culta, acaban por hacer vida nueva en los claustros universitarios. Chile y México constituyen etapas clave en ese proceso itinerante de los militantes marxistas, pero es la estabilidad política mexicana la que hace posible que se complete su cooptación por la universidad; por esto mismo, el auge del marxismo académico en América Latina es posterior a 1973.

En estos términos, la academización del marxismo no ha sido sino su alejamiento respecto a la práctica política de donde sacara inicialmente su fuerza. Al tiempo que refinaban su aparato conceptual y analítico y que realizaban su trabajo teórico, los intelectuales marxistas latinoamericanos perdían pie en la lucha de clases que se libraba en el continente. Fue así como, en el momento en que lograban, si no recuperar plenamente la herencia histórica marxista, por lo menos una vasta erudición, se vieron sorprendidos por la eclosión de nuevas organizaciones revolucionarias, particularmente en Centroamérica, que —marxistas, ellas también—valorizaban en el pensamiento marxista elementos no siempre coincidentes. Esa lectura alternativa de marxismo resultaba de su práctica política, que la llevaba a enfatizar, más que el consenso, la fuerza más que el ejercicio de la hegemonía, la conquista del poder; más que las estrategias políticas *strictu sensu*, la guerra.

Así es como nos encontramos hoy con el hecho de que la línea más fecunda del marxismo latinoamericano —por ser aquella que, yendo más allá de la crítica, pugna por la transformación de la sociedad— no pasa directamente por el marxismo académico, sino que se ha desarrollado de manera subterránea en las organizaciones clandestinas, nutriéndose de la vida partidaria, del trabajo político y militar de masas, de la lucha ideológica en torno a las cuestiones que plantea una estrategia de poder. Tenemos, con ello, una bifurcación: nacido de la práctica revolucionaria, el marxismo ha seguido un dirección que, pasando por la universidad, no parece tener rumbo fijo y otra que, regresando a sus orígenes, a la práctica política, ha redundado en una práctica superior. Se trata de una situación que no puede durar indefinidamente y que plantea al marxismo

académico la exigencia de vinculan a las fuerzas sociales y políticas que le dan sentido, so pena de hundirse en el pantano del pensamiento burgués.

—Ruy Mauro Marini